ISBN 978-987-624-059-8

Centro de Difusión de la Buena Prensa

Manuel Belgrano
Varón dominico

POCO Y BUENO

SERIE HÉROES

Lic. Francisco Javier del Corazón
de Jesús Correa

Manuel Belgrano
Varón dominico

Correa, Francisco Javier del Corazón de Jesús
Manuel Belgrano : varón dominico . - 1a ed. - Buenos Aires : Centro de Difusión de la Buena Prensa, 2010.
32 p. ; 14x10 cm. - (Poco y bueno. Heroes; 149)

ISBN 978-987-624-059-8

1. Vida Cristiana. 2. Testimonios de Fe. I. Título
CDD 248.5

© Copyright Centro de Difusión de la Buena Prensa
Ayacucho 236 P. B. "A" C1025AAF. Tel/fax: 5411-4953-4685/3764
www.buenaprensa.org
E-Mail: catolica@buenaprensa.org

Diseño de Tapa: Lucía C. Dietrich
Diseño interior: María Elena Romero
Impresión: G. Crippa Editores
ISBN: 978-987-624-059-8

"...Ea, pues, soldados de la Patria, no olvidéis jamás que nuestra obra es de Dios..."

Gral. Manuel Belgrano

Introducción

En la Evangelii Nuntiandi, Pablo VI resumió la forma de evangelización propia de los laicos: "El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc." (EvN, Nº 70).

No es nuestra intención aquí resaltar la ya conocida profunda devoción mariana que el General Manuel Belgrano vivió hasta el heroismo, consagrando su ser y obrar a la amada "Virgen Generala". Ya hemos ofrecido un provechoso informe sobre ese aspecto bajo el títiulo de "Nuestra Señora la Generala", de Gonzalo Alonso.

Esta vez nos proponemos muy brevemen-

te presentar la viril y encarnada fidelidad de Manuel Belgrano como seglar comprometido, según el espíritu de la Orden de Santo Domingo. Es decir, una fe viril y eclesial, en contraposición a la figura trivial de quienes lo muestran "demasiado fino, de calzas blancas y flequillo arreglado". Muchos saben ya que Belgrano murió amortajado con el habito dominicano, por propia petición testamentaria. ¡Y cuánto nos conmueve su mortaja de amor a la Iglesia!. ¿Pero, lo llegamos a comprender?. Entender esto un poco más, nos ayuda a comprender la Patria que amó y el legado que nos dejó.

La marcha de la Argentina nos muestra, en los hombres y en los hechos colectivos, la presencia de Dios en esta tierra. Él es quien marca este camino, ayudado por sus hombres obedientes. Ayer, hoy y siempre. Manuel Belgrano es uno de estos hombres. No es caprichoso ver a Belgrano, en analogía con aquellos que nos enseña el Antiguo Testamento, como un auténtico Patriarca de la Nación argentina. Y ello sin caer en la falsa apología de crear "un modelo ideal, sin sombras ni contrastes", tal como si se tratara de una abstracción.

Él mismo, con su Autobiografía nos desmentiría, si intentáramos un tal despropósito.

De entre todos los patriarcas de nuestro pueblo, encontramos en el Belgrano públicamente conocido, al más cercano y parecido a cualquier hombre común, de ayer y de hoy, pero distinto por la grandeza de su total e incondicional entrega a Dios en la causa de la Patria. Hablamos aquí del Belgrano magnánimo.

Sin miedos, fue capaz de poner y apoyarse en sus propios defectos, errores y limitaciones, al servicio de esa causa, aceptando encargos para los cuales en nada estaba preparado. Pues hasta su preparación y diríamos, incluso sus sueños de juventud, fue capaz de dejar de lado, con tal de responder a dicho llamado: la libertad de la Patria; tal vez, de haberse desenvuelto en otro tiempo, tal preparación y sueños podría haberlos realizado, si la Patria hubiera necesitado al estadista y hombre de gobierno y de pensamiento. Más, sin embargo, la realidad, a la que supo ver y aceptar en su totalidad, exigió de él otros desempeños, y a ellos se entregó con absoluta dedicación, pues si en algo cierta-

mente se apoyaba, era en la fe, el amor y la obediencia a la Providencia.

Síntesis biográfica

En el libro parroquial de bautismos de la Iglesia Catedral de Buenos Aires, iniciado en el año de 1769 y concluido en el de 1775, se lee al final de la página 43: "En 4 de junio de 1770, el señor doctor don Juan Baltasar Maciel canónigo magistral de esa santa iglesia Catedral, provisor y vicario general de este obispado, y abogado de las reales audiencias del Perú y Chile, bautizó, puso óleo y crisma a Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús, que nació ayer 3 del corriente: es hijo legítimo de don Domingo Belgrano Pérez y de doña Josefa González: fue padrino D. Julián Gregorio de Espinosa".

Manuel Belgrano fue el cuarto hijo de un matrimonio que tuvo ocho varones y tres mujeres. El padre, Domingo Belgrano y Peri, había llegado al Plata en 1751. Era de origen italiano,oriundo de Oneglia, en Liguria, y tenía como apellido primero el de Peri - que castellanizó luego como Pérez -, aunque adoptó luego el apellido "Belgrano"

(bell' grano), según la tradición porque producía excelente trigo. En Buenos Aires prosperó, integró el núcleo de comerciantes importantes; se casó en 1757 con doña María Josefa González Casero (santiagueña) y dio a su numerosa familia, educación esmerada y vida cómoda. Los hijos correspondieron a la solicitud de los padres: sirvieron al Estado en la milicia, en la administración o el sacerdocio, con dedicación y brillo.

Estudió en el Real Colegio de San Carlos (actual Colegio Nacional de Buenos Aires). Entre 1786 y 1793 estudió Derecho en las universidades de Salamanca y Valladolid, donde se graduó con medalla de oro a los 18 años de edad en la Cancillería de Valladolid, dedicando especial atención a la economía política. Por tal motivo, en Salamanca fue el primer presidente de la Academia de Práctica Forense y Economía Política.

Fue uno de los proceres más claramente católicos, y gracias a su excelente desempeño en las letras consiguió un permiso especial del Vaticano para leer y retener algunos textos prohibidos por la Iglesia en aquel momento. Así fue que leyó a

Rousseau, Diderot, Voltaire, Montesquieu y Quesnay. También leyó a los escritores españoles de tendencia ilustrada, como Jovellanos y Campomanes.

Periodista, creador del "Correo de Comercio". Participa en la defensa contra las Invasiones Inglesas en 1806 y 1807. Fue secretario de la Primera Junta de gobierno, en 1810, y luego jefe de la expedición al Paraguay, en la cual fracasa. En 1812 crea la bandera argentina y la enarbola por primera vez. Suplantado por San martín en el Ejercito del Norte, parte a Londres en misión diplomática, juntamente con Bernardino Rivadavia. Finalmente en 1816 vuelve a comandar el Ejercito del Norte. El 20 de junio de 1820 muere derrumbado por la sífilis y la hidropesía, pobre y abandonado por su patria. Solo un periódico de Buenos Aires, El Despertador Filantrópico, publicó un escueto artículo sobre la muerte del prócer. Veinticinco días antes de morir Belgrano dictó su testamento, que ofrecemos más adelante.

Su formación religiosa y su excelente preparación teológica y filosófica le permitieron a Belgrano aplicar en las distintas facetas de su acción política, militar y económi-

ca, así como cultural, las enseñanzas recibidas.

De profundas convicciones humanas y religiosas

La documentación del Archivo General de la Nación, de los archivos provinciales y bolivianos permiten asegurar estos aspectos significativos de la acción religiosa de Belgrano, que estuvieron presentes hasta el último momento de su vida. Al abordar los distintos diarios militares advertimos que en todos ellos exhorta al patriotismo de sus tropas e invoca reiteradamente a la Divina Providencia y a los auxilios de María Santísima para alcanzar la Independencia de la América del Sur. Exalta el amor al orden que deben tener los soldados y oficiales del Ejército y con ello el respeto a las autoridades y fundamentalmente a "Nuestra Santa Religión". Solía repetir con frecuencia: "Riámonos de las virtudes morales, que no estén apoyadas por nuestra Santa Religión. La razón y la experiencia nos lo enseñan constantemente".

Puntualiza la necesidad de afianzar el

honor, la capacidad, el trabajo, la voluntad de servicio, la ética, la moral, el amor a Dios, el culto a la Santísima Virgen. Perfila el carácter de todo buen militar: la serenidad, la vigilancia constante, el espíritu de cuerpo. Promueve el destierro del ocio y la capacitación por el trabajo, las ciencias y la técnica. Así decía: "Los hombres grandes leen en tiempos de guerra como en tiempos de paz. Nobleza de alma y sentimiento altruista, educación y vocación, espiritualidad y religiosidad, amor a la Patria, a la tierra y a su gente constituyen el corolario de todo buen cristiano".

Ponía a Dios como testigo de su responsabilidad y a la Santísima Virgen como tributaria de la libertad y la Independencia de América en todo tiempo, a través del Rosario, novenarios, misas, angelus, etc., al punto que Bartolomé Mitre dijo que su ejército parecía "una legión romana sujeta a las normas de una orden monacal". La misa es un elemento fundamental de la religiosidad del General y los soldados y oficiales debían concurrir a misa.

Asi escribe al General San Martín desde Loreto (Santiago del Estero), ofreciéndole en su enfermedad la amistad , el 6 de abril

de 1814: "Mi amigo: La guerra no sólo la ha de hacer Vd. con las armas sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas... El ejército se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos... Acuérdese Vd. que es un general cristiano, apostólico, romano; vea Vd. de que en nada, ni aún en las conversaciones más triviales, se falte el respeto a cuanto diga a nuestra Santa Religión..."

Bajo el estandarte del laicado dominicano

Desde finales del siglo XI hasta bien entrado el siglo XII, la cristiandad occidental conoce un espléndido florecer de instancias con las que el laicado quiere expresar su vida evangélica. Se intenta imprimir vida cristiana en los ambientes seculares. Y así nacen, por ejemplo, los Beguinos y Beguinas, los Penitentes, las Milicias e innumerables Confraternidades. Estos son los primeros movimientos laicales en la iglesia. El siglo XIII es el siglo de las órdenes mendicantes. Éstas, dejando para los monjes los lugares retirados, se asientan en medio de la masa humana que

empieza a sacudir el yugo de los señores feudales. Es por eso que el laico encuentra en el fraile y a la sombra de sus iglesias, un sostenimiento para el ideal de vida que sueña. En Francia e Italia a fines del siglo XII, las villas vivían en plena efervescencia política y social, de modo que no era viable tipo alguno de acción religiosa si se perdía ese contacto con la masa. Santo Domingo y sus frailes se ven envueltos en la acción -y aún en la legislación comunal sobre todo en lo referente a los temas de justicia y paz. Todas estas son motivaciones que hacen que Santo Domingo necesite ponerse en contacto con los laicos. Los primeros frailes dominicos contribuyeron a la formación de muchas confraternidades y estamparon en ellas algo de su propia espiritualidad que se distinguió siempre por la inteligencia de la fe, la compasión y las obras de misericordia. En Florencia, en 1221, se forma la "Milicia de Jesucristo" al estilo de las órdenes de caballería, cuyos miembros defienden las instituciones eclesiales y se dedican a obras de caridad. Un dominico, fray Bartolomé de Vicenza, redacta los estatutos y el Papa Gregorio IX, les da la aprobación oficial. En 1285, Munio de Zamora,

séptimo Maestro de la Orden, cuya tumba se conserva en Santa Sabina de Roma, queriendo dar a los laicos que vivían la inspiración evangélica de Santo Domingo una estructura más sólida, propuso una Regla para aquellos que estaban más directamente vinculados a la Orden. De ahí surge una rama auténtica en el árbol dominicano que se perpetuará hasta nuestros días y que constituye el Laicado Dominicano.

Numerosos personajes importantes, reyes, príncipes, gente sencilla del pueblo, papas y obispos se hacen inscribir en la llamada Tercera Orden. Recordamos entre los elevados al honor de los altares a: Juana de Orvieto (+1306) y Villana della Botti (+1360). Y a Beatriz de Florencia, por sus virtudes y ser hija del pintor Giotto.

Catalina de Siena (1347-1380) es el prototipo de este amanecer del laicado consagrado. Completamente laica y a la vez plenamente dominica, tan absolutamente contemplativa como activa, encarna el ideal mismo del dominico seglar, ofreciendo su vida en defensa de la verdad y de la Iglesia. Uno de sus dirigidos, fray Caffarini, dominico, compuso un tratado sobre la Orden Tercera dominicana que tuvo

mucho éxito y sustituyó a la Regla de Munio hasta que ésta fue aprobada por Roma (1405). Esta Regla, la de Munio, modelo en su género, estará en vigor hasta 1923. Después del período turbulento de la Reforma y la Contrarreforma, alejada de guerras religiosas, pero sacudida por los avatares de la conquista y de la evangelización, surge en América el don de una admirable dominica seglar, Rosa de Lima (+1617), hoy Patrona de América y de Filipinas.

El laicado dominicano en la era de las Revoluciones

En un clima social y cultural tormentoso y difícil, muchos laicos terciarios y religiosos han dejado sus nombres asociados a obras e instituciones que perduran y siguen iluminando a nuestra Iglesia del tercer milenio:

- En Francia: San Luis María de Montfort (+1716) misionero de la devoción a la Virgen.
- María Poussepin (+1744) obrera de la Divina Providencia, sembradora de asistencia social.

- Catalina Jarrige (+1836) protectora de sacerdotes perseguidos.
- Federico Ozanam (+1853) amigo del P. Lacordaire, atraído siempre por la Orden y fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl con la colaboración de los dominicos seglares. Numerosos colaboradores del P. Lacordaire: pintores, músicos y sobre todo profesores que se unen a él cuando organizan la Orden Tercera para la Enseñanza.
- En Polonia: María Sobieski (+1735) de la heroica familia real polaca, enterrada con el hábito dominicano en la Basílica de San Pedro de Roma.
- En Italia: Carlos Manuel de Saboya, rey de Cerdeña.
- En España: Donoso Cortés (+1853) diplomático, ensayista y filósofo católico.
- En América: Manuel Belgrano (+1820) héroe de la independencia Argentina.

La Tercera Orden en el Siglo XX

Es un dato revelador: a principios de nuestro siglo XX, el P. Cormier, Maestro de la Orden, recibe en la Orden Tercera a Agnes Mc Laren (+1913), la pri-

mera mujer médico de Europa, hija de altos políticos ingleses y convertida al catolicismo.

La Primera Guerra Mundial interrumpe el progreso de la rama laical religiosa pero descubre también a muchos héroes que surgirán eventualmente del anonimato. Algunos:

- Ernesto Psichad (+1914) nieto de Renán, del círculo de Martain, escritor de honda sensibilidad.
- Guido Negri (+1916) célebre en Italia balo el nombre del "Santo Capitán".

Después de la guerra, podemos citar a:

- Luiai Sturzo, fundador del Partido Popular italiano.
- Giuria Barsanti, amiga de Santa Gemma Galgani.
- Pier Giorgio Frassatti (+1926), modelo de deportistas y jóvenes estudiantes, de la Acción Católica.
- Aldo Moro (+1978) el político que fue mas veces Ministro de Italia, asesinado por las Brigadas Rojas.
- Sigrid Undset (+1949) premio Nobel de literatura en 1928.
- Bartolo Longo (+1926) elevado a los altares, creador del centro religioso y social de

Pompeya.
- Margarita Rivas Sosa (+1938) escritora espiritual e infatigable catequista venezolana.
- Eric Gill (+1940) escultor y escritor inglés, promotor de artistas.
- Walthere Dewé (+1944) el primer patriota de la resistencia belga en la Segunda Guerra Mundial.
- Catalina Abrikosov (+1936) la última dominica seglar de la Unión Soviética, muerta en la cárcel de Moscú.
- Práxedes Fernández (+1936) madre de familia, verdadera contemplativa en la acción.
- Giorgio La Pira, el más célebre alcalde de Florencia.
- Eugenio Pacelli, el futuro Papa Pio XII.
- Cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, moderador del Concilio Vaticano II.
- Octavio Derisí, profundo pensador y promotor de la renovación tomista desde la Universidad Argentina.
- Licinio Refice (+1954) músico y compositor.
- Marqués de Lozoya (+1980) crítico de arte e historiador.

En las raíces familiares de nuestro General Belgrano, estuvo vinculado al Convento de Santo Domingo desde su infancia. La religiosidad de la familia Belgrano y su estrecha vinculación con el convento dominico porteño, tan próximo a su hogar, fueron el origen inmediato de aquellas relaciones que, por otra parte, venían de más lejos. Muchos fueron los dominicos que tuvieron amistad personal con el creador de la enseña patria, mas ninguno se distingue tanto en este aspecto, como el Padre Isidoro Celestino Guerra. Ciertamente no son pocos los que mantuvieron relaciones con parte o con toda la numerosa familia Belgrano, pero el Padre Guerra se destaca como el principal de todos.

El matrimonio formado por don Domingo Belgrano Peri y doña María Josefa González Casero, estaba ligado al convento de Santo Domingo desde hacía muchos años. Él había ingresado en la Tercera Orden dominicana el 29 de setiembre de 1754 y su consorte el 20 de abril de 1760. Sus restos, como los de sus hijos fallecidos antes de la secularización de los cementerios porteños (1822), descansan en el interior del templo, y Manuel tuvo su sepultura

y tiene su mausoleo en el atrio del mismo. Las relaciones del Padre Guerra con los Belgrano, probablemente comenzaron en la década de 1770 y se consolidaron en la siguiente, cuando fue Director de la Tercera Orden. A pesar de que no se conserva correspondencia epistolar, existe una documentación que manifiesta claramente una singular amistad. Esta documentación se refiere a Manuel Belgrano y a su madre.

La primera vez que vemos aparecer al Padre Guerra en algo que tiene que ver con los Belgrano, es al estampar su firma en la aceptación, por parte del convento, de una propuesta de Doña María Josefa. Don Domingo había fallecido el 24 de setiembre de 1795, siendo sepultado frente al altar de la Virgen del Rosario, junto al ingreso al actual camarín. En los primeros días de diciembre, su viuda, al colocar una lápida en la sepultura, ofrecía al convento un lavamanos de jaspe blanco a condición de que ella y sus hijos pudieran descansar en el mismo sagrado recinto. Esta propuesta fue aceptada por el consejo conventual, del que formaba parte el Padre Guerra.

A diferencia de Belgrano, no sabemos con precisión, la fecha de la muerte del Padre Guerra. Probablemente fue a mediados o en la segunda mitad de abril y, con seguridad, entre el 10 de dicho mes, en que escribe Fray Cayetano, y el 10 de mayo, en que el Padre Salvador Sosa O. P. celebra una misa por él. La desaparición de los Libros de Sacristía (aplicaciones) desde 1807 a 1845, impide precisar mejor aquella fecha, como también tener noticias de las misas que se oficiaron en Santo Domingo por el alma de Belgrano.

Los restos del Padre Guerra fueron sepultados en el templo de Santo Domingo, probablemente en el presbiterio. Poco después, los de su amigo Manuel Belgrano recibían sepultura, no en el recinto sagrado, en donde le correspondía por su jerarquía y por el contrato de su madre y el convento, estipulado veinticinco años atrás, sino en el atrio, a pedido de aquel hombre extraordinario, modesto hasta la muerte.

Su muerte

El Gral. Belgrano murió como religioso en obediencia, castidad y pobreza, a pesar de las grandes pruebas que tuvo que enfrentar. Manuel Belgrano llegó a Buenos Aires en plena "anarquía del año veinte", ya seriamente enfermo de hidropesía. Esta misma enfermedad lo llevó a la muerte, el 20 de junio de 1820, en momentos en que arreciaba la crisis política en la Capital; ese día es recordado como Día de los tres gobernadores. En el lecho de muerte fue examinado por un médico que lo atendió en su casa, al no poder pagarle por sus servicios, pues en ése momento estaba sumido en la pobreza, quiso darle un reloj como pago, ante la negativa del médico a cobrarle, Belgrano tomó su mano y puso el reloj dentro de ella, agradeciendole por sus servicios.

Una de sus últimas frases fueron de esperanza, a pesar de los malos momentos que pasaban tanto él como su patria:

"...sólo me consuela el convencimiento en que estoy, de quien siendo nuestra revolución obra de Dios, él es quien la ha de llevar hasta su fin, manifestándonos que toda nuestra gratitud la debemos convertir a su Divina Majestad y de ningún modo a hom-

bre alguno".
Murió en la pobreza, a pesar de que su familia había sido una de las más acaudaladas del Río de La Plata antes de que Manuel Belgrano se comprometiera con la causa de la independencia. De ser un niño y un joven de buen vivir, allá, "...cuando contaba con una libertad indefinida, ...entregado a mí mismo... y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos" supo Belgrano vivir después en la más extrema pobreza material, derivada de la riqueza de su fe. Sabía y experimentaba que nada puede hacerse fuera de Dios. Que nada podía decidir, hacer, construir sin la presencia del Altísimo.
En medio de la crisis que se abatía sobre la provincia de Buenos Aires, su fallecimiento pasó prácticamente desapercibido. El único periodista que prestó debida atención a ese hecho fue el fraile franciscano Castañeda, redactor de "El Despertador Teofilantrópico" . Para los demás no fue noticia.
Cumpliendo con su última voluntad, su cadáver fue amortajado con el hábito de los dominicos y fue trasladado desde la casa paterna en la que murió (actual avenida

Belgrano, nº 430) al Convento de Santo Domingo, recibiendo sepultura en un atrio con tan solo una lápida de mármol que lo identificaba. Al momento de su muerte el Gobierno de Buenos Aires, no quizo hacerse cargo de los gastos de su sepultura, por lo cual, la lápida que lo identificaba, fue hecha con un trozo de marmol tomado de la pileta de baño de la casa de los padres de Manuél Belgrano.

Belgrano murió con la grandeza de los pobres magnánimos. Se esmeró así, en sembrar, como él mismo dice: "...echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, gracias a aquellos que estén animados por el mismo espíritu, o porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar".

Su Testamento

Un testamento siempre es revelador de lo que una persona ha sido y quiso ser en verdad. A continuación se transcribe lo sobresaliente de su testamento, tomado de los Anales del Instituto Nacional Belgraniano, Nº 6:

"En el nombre de Dios y con su santa gra-

cia amén. Sea notorio como yo, Dn. Manuel Belgrano, natural de esta ciudad, brigadier de los ejércitos de las Provincias Unidas de Sud America, hijo legítimo de Dn. Domingo Belgrano y Peri, y Da. María Josefa González, difuntos: estando enfermo de la (enfermedad) que Dios Nuestro Señor se ha servido darme, pero por su infinita misericordia en mi sano juicio, temeroso de la infalible muerte a toda criatura e incertidumbre de su hora, para que no me asalte sin tener arregladas las cosas concernientes al descargo de mi conciencia y bien de mi alma, he dispuesto ordenar este mi testamento, creyendo ante todas las cosas como firmemente creo en el alto misterio de la Santísima Trinidad, Padre Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios y sacramentos que tiene, cree y enseña nuestra Santa madre Iglesia Católica Apostóica Romana, bajo cuya verdadera fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir como católico y fiel cristiano que soy, tomando por mi intercesora y abogada a la Serenísima Reina de los Angeles María Santísima, madre de Dios y Señora nuestra y devoción y demás de la corte

celestial, bajo de cuya protección y divino auxilio otorgo mi testamento en la forma siguiente:

"1ª Primeramente encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor, que la crió de la nada, y el cuerpo mando a la tierra de que fue formado, y cuando su Divina majestad se digne llevar mi alma de la presente vida a la eterna, ordeno que dicho mi cuerpo, amortajado con el hábito de patriarca de Santo Domingo, sea sepultado en el panteón que mi casa tiene en dicho convento, dejando la forma del entierro, sufragios y demás funerales a disposición de mi albacea.

"2ª Item, ordeno se dé a las mandas forzosas y acostumbradas a dos reales con las que separo mis bienes.

"3ª Item, declaro: Que soy de estado soltero, y que no tengo ascendiente ni descendiente.

"4ª Item, declaro: Que debo a Dn. Manuel de Aguirre, vecino de esta ciudad, dieciocho onzas de oro sellado, y al Estado seiscientos pesos, que se compensarán en el ajuste de mi cuenta de sueldos (...) Cuarenta onzas de que me es deudor el brigadier Dn. Cornelio Saavedra, por una

sillería que le presté cuando lo hicieron Director (...);

"5ª Para guardar, cumplir y ejecutar este mi testamento, nombró por mi albacea a mi legítimo hermano el Dor. D. Domingo Estanislao Belgrano, dignidad de chantre de la Santa Iglesia Catedral, al cual respecto a que no tengo heredero ninguno forzoso ascendiente ni descendiente, le instituyo y nombro de todas mis acciones y Dros. Presentes y futuros. Por el presente revoco y anulo todos los demás testamentos, codicilos, poderes para testar, memorias, u otra cualesquiera otra disposición testamentaria que antes de ésta (...). En cuyo testimonio lo otorgo así ante el infrascrito escribano público del número de esta ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires, a veinticinco de mayo de mil ochocientos veinte. Y el otorgante a quien yo dho. Escribano doy fe conozco, y de hallarse al parecer en su sano y cabal juicio, según su concertado razonar, así lo otorgo y firmo, siendo testigos llamados y rogados don José Ramón Mila de la Roca, Dn. Juan Pablo Sáenz Valiente, y Dn. Manuel Díaz, vecinos. M, Belgrano (firma). Narciso de Iranzuaga

(firma) Escribano Público."

Su fe viva y encarnada

"La fe no es propia de los soberbios sino de los humildes", recuerda San Agustin. La fe es un don divino; sólo Dios la puede infundir más y más en el alma. Es él quien abre el corazón del creyente para que reciba la luz sobrenatural, y por eso debemos implorarla; pero a la vez son necesarias unas disposiciones internas de humildad, de limpieza, de apertura..., de amor que se abre paso cada vez con más seguridad. Manuel Belgrano formó su corazón con los valores de terciario dominico infundidos por su padre, desde la primera infancia. Supo con Santo Domingo que la llamada de Dios -y a todos nos llama- es en primer lugar, iniciativa divina, pero exige correspondencia humana: "No me habéis elegido vosotros a Mí; si no que Yo os elegí a vosotros". Belgrano fue llamado a ser "levadura" en terreno tremendamente áridos. Y lo testimonió sin dobleces: "Soy verdadero cristiano, católico, apostólico, romano", decía siempre con tono caballerezco.

Y, teniendo a Dios por Padre, nunca dejó de refugiarse en su Madre celeste.

Así nos lo atestigua también el General Paz: "...Recuerdo que al día siguiente de la derrota de Ayohuma, hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacía ordinariamente. Fuera (además) de los sentimientos religiosos que envolvía esta acción, quería hacer entender, que nuestra derrota en nada había alterado el orden y la disciplina".

Sigue el Gral. Paz: "En lo crítico del combate, su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades... En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fue siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando el ejemplo, y haciendo menos graves nuestras pérdidas".

Dice nuestro General: "...Sólo exijo de vosotros (dirigiéndose a los pueblos del Alto Perú) unión, constancia, valor y el ejercicio de las virtudes: alejad de vosotros toda ociosidad, todo espíritu de venganza, y todo cuanto sea contra la ley santa de

nuestro Dios y de la Santa Iglesia, y no penséis en intereses particulares, sino en salvar la amada Patria para restituirla al goce de la tranquilidad que necesita para constituirse, y que todos disfruten de los bienes que el Cielo mismo nos ha querido conceder".

Conclusión

La fe de Manuel Belgrano era la de un hijo de Dios con el espíritu viril de Santo Domingo: llena de piedad, simple y sencilla; ingenua y tierna al grado de salirse de su época; partícipe y participante, por poderosa, laboriosa y obediente. Fue un varón y caballero, en contraposición a las mediocres pinturas de salón y reseñas baratas que lo muestran afeminado de calzas blancas. ¡Hasta lo han calumiado con etiquetas de tinte homosexual!. Fue un señor noble y comprometido con el Bien Común, temporal y eterno. Un laico de los que hoy clama la patria y no los encuentra. La libertad de la patria, la salvación de todo un pueblo, sirviendo a Dios, es la causa por la cual vivir. Un hombre entero, que supo no partir su misión, aunque él estuviera

completamente partido. Por la Patria, por los otros, pero entero ante el destino común entrevisto por los rayos que la eternidad no cesó de enviarle en cada circunstancia. Ayer y hoy el camino es el mismo para los argentinos con fe, esperanza, entrega y obediencia, es el camino de salvación. ¡"Canta y camina...", dicen, pero sepamos bien hacia dónde.

Que este pequeño trabajo nos ayude a conocer lo valioso, que "poco y nada" se sabe, sobre nuestros auténticos éroes nacionales. Belgrano creó la bandera. Si, lo sabemos y estamos orgullosos de ello. Pero, además Belgrano fue hijo noble y varonil de la Iglesia Católica, militante hasta el "martirio moderno del sarcasmo" (en términos de Jaun Pablo II). Hijo fidelísimo de Santo Domingo, levadura y sal en las llagas siempre abiertas de nuestra amada Argentina. En el cielo flamea su alma, envuelta en el manto celeste y blanco de la Virgen Generala...Ahí lo honramos.

Fuentes para profundizar

- Cristina Minutolo de Orsi, "Manuel Belgrano y su amor a la Inmaculada"
- La Patria en Septiembre, Oscar Eduardo Sánchez, Viedma, Septiembre de 2004
- Primer Congreso Argentino de Historia Belgraniana, Buenos Aires,22 al 24 de setiembre de 1976. 1747-1820.
- El General Belgrano y la Orden de Santo Domingo, en Historia (Buenos Aires), 20 (Colección Mayo III, jun.-sept. 1960), 67-87. Separata, Buenos Aires, 1961.
- Los testamentos de los padres de Manuel Belgrano, en Revista del Archivo General de la Nación, n. 1 (1971), 95-106.